

ALFAGUARA



Justo Arroyo

Vida que olvida





Justo Arroyo

Escritor panameño. Licenciado y profesor de Español por la Universidad de Panamá con estudios de Maestría y Doctorado por la Universidad Autónoma de México. Doctor Honoris Causa por la Universidad Simón Bolívar de Colombia. Ex embajador de Panamá en Colombia. Justo Arroyo ha obtenido el Premio Nacional Ricardo Miró, el más importante de su país, tanto en cuento como en novela. Entre sus novelas más difundidas están *Dejando atrás al hombre de celofán*, *Semana sin viernes* y *Lucio Dante resucita*, todas Premio Ricardo Miró. Y entre sus libros de cuento, también ganadores del Miró, *Capricornio en gris*, *Rostros como manchas*, *Para terminar diciembre* y *Réquiem por un duende*. Justo Arroyo, además, obtuvo el Premio Centroamericano Rogelio Sinán, sección cuento, con *Héroes a medio tiempo*. Cuentos suyos han sido traducidos al inglés, alemán y húngaro.

Vida que olvida

ALFAGUARA



Justo Arroyo

Vida que olvida

ALFAGUARA



© 2002, Justo Arroyo

© De esta edición:

Santillana S.A.

Avenida Juan Pablo II, No. 15,
Urbanización Industrial La Locería,
Panamá, Panamá

Teléfonos: 260-0945 / 260-0946 / 260-1579

Fax: 260-1397

- Grupo Santillana S.A.
De Migración y Extranjería, 100 metros al oeste,
La Uruca, San José, Costa Rica.
Teléfono: 220-4242
Fax: 220-1320
- Editorial Santillana S.A.
30 avenida, 16-41, Zona 12,
Guatemala, Guatemala
Teléfono: 475-2589
Fax: 471-7407
- Editorial Santillana S.A. de C.V.
Calle Loma Linda y calle 1, No. 125
San Salvador, El Salvador
Teléfono y fax: 245-2903
- Santillana S.A.
Torrelaguna 60-28043
Madrid, España
Teléfono: 91-744 90 60
Fax: 91-744 92 24
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Av. Universidad 767, Col. del Valle
México, 03100, D.P.
Teléfono: 688-8966
- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea,
Taurus, Alfaguara S.A.
Calle 80, No. 10-23
Santafé de Bogotá, Colombia
Teléfono: 635-1200

ISBN: 9962-630-47-9

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

Cubierta:

© Diseño: Boris Valverde

Impreso en Prensa Moderna Impresores S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Primera parte

El hombre que iban a matar se llamaba como él, estaba vestido como él y era tan pequeño como él. Y, de no haber sido porque lo ayudó en el juicio, no habría tenido valor para verlo ahorcar. Pedro Regalado observó el patíbulo que le habían montado a Pedro Prestán y sintió escalofrío: lo habían trepado sobre una caja en la plataforma del tren, y en lo que le pareció el colmo del sadismo, habían colocado un ataúd abierto en el suelo.

Pero si habían pensado doblegar a Prestán se habían equivocado, porque el hombrecillo aparecía sereno, dirigiendo incluso a los verdugos, dando instrucciones en su coreografía macabra. Y allá arriba, en su saco y pantalón a rayas, camisa almidonada, chaleco, sombrero y gabardina, proyectaba su imagen de siempre: de jefe. Todo en Prestán transmitía entereza y Pedro Regalado recordó cómo, durante el juicio, Prestán se había mantenido fiel a su estampa de persona que sólo despierta grandes pasiones, sin términos medios.

Era el año de 1885, cuando Panamá era un Departamento de Colombia y el Istmo participaba de las acostumbradas guerras entre liberales y conservadores. Pedro Prestán, un liberal, se había tomado Colón, pero ante el avance conservador había huido a Barranquilla, dejando atrás la ciudad en llamas.

Allá lo apresaron y lo regresaron a Colón, donde pasó cinco días en la cárcel. Al sexto, lo juzgaron y

condenaron. Entre los cargos estaba el haber incendiado la ciudad, a pesar de que Prestán alegara que él nunca habría quemado Colón porque aquí vivía su familia y aquí tenía propiedades, que los verdaderos incendiarios eran los gringos, que necesitaban justificar otra intervención en Panamá y sabotear el canal francés. Los gringos, había dicho Prestán en su defensa, no sólo habían incendiado la ciudad sino catorce barcos con mercancía francesa.

Viéndolo sobre la caja, sin una gota de sudor no obstante el calor y lo pesado de sus ropas, Pedro Regalado se dijo que se había identificado con Prestán desde que coincidieron en el barco, cuando ni remotamente pensó que lo auxiliaría en el juicio. Entonces, y a pesar de sus cadenas, Pedro Prestán se había mantenido erguido, elegante, estableciendo superioridad, más evidente aun con la gente que hoy había venido a presenciar su ejecución: soldados en uniformes raídos, burócratas en trajes domingueros, oficiales de mostachos simulando conversar, chinos que no paraban de fumar, negros semi-desnudos de ojos muy abiertos, como preguntándose de entre cual de ellos saldría el próximo ahorcado. Y gringos y europeos muertos de la risa, una puta en cada brazo, seguros de que a ellos nadie nunca les pondría una soga al cuello.

Pedro Regalado mantuvo la vista en Prestán y por un instante sus ojos se encontraron. Y en su leve sonrisa, Pedro Regalado volvió a sentir la arrogancia, la temeridad que lo había llevado a ponerle un revólver en la cabeza al cónsul gringo y decirle que, si no le entregaba armas, le volaba el cerebro. Pedro Regalado estaba convencido de que fue esta osadía, más que ninguna ciudad en llamas, fue lo que selló el destino de Prestán.

Porque nadie toca a un gringo, mucho menos a un cónsul gringo. Y con la ejecución de Prestán se mandaba un claro mensaje a todos estos latinos atrevidos.

Un cura hizo la señal de la cruz y procedió a leer de la Biblia. Pedro Regalado tragó fuerte y apretó la mano de su esposa, Antonia. Cuando el cura terminó, Pedro Prestán se dirigió a los presentes y, con voz tranquila, insistió en su inocencia y perdonó a todos. Uno de los verdugos, entonces, tan elegante como Prestán y poniendo su mejor rostro para la fotografía, dio la orden de empezar.

El vagón se movió. La soga reclamó a Prestán, obligándolo a inclinarse. Los pies se aferraron a la caja pero la plataforma se la llevó y lo dejó colgando en el aire.

Los próximos segundos le parecieron eternos a Pedro Regalado. Porque al caer Prestán la soga se templó, subiendo y bajándolo tres veces, partiendo y estirándole el cuello y ladeándole la cabeza. Entonces Prestán pataleó, como ordenando a la tierra subir a sus pies. Pero la tierra no obedeció. Pedro Prestán permaneció quieto al fin y a Pedro Regalado le llamó la atención que durante todo el ahorcamiento Prestán había conservado el sombrero, como un grotesco triunfo final, la casi cómica inclinación del sombrero su gesto obsceno de despedida.

Pedro Regalado y Antonia empezaron a caminar hacia su casa. Iban en silencio, de prisa y Pedro Regalado volvió a decirse que era irónico que él, que había venido a Panamá para escapar de las guerras de Colombia, hubiera caído de bruces en una. Y nuevamente cuestionó su buen juicio cuando, con sólo 20 años de edad y una esposa, había escogido Colón para vivir.

En 1885, la “ciudad” de Colón, en el lado atlántico del Istmo, era un manojo de casas que se proyectaba desde la estación del ferrocarril, construido por los norteamericanos cuando la seguridad en Panamá era tan mala que habían tenido que contratar a un pistolero llamado Ron Runnels quien, fusilando a diestro y siniestro, impuso orden.

En la “Avenida”, una trocha llamada del Frente, por estar frente al mar, se alineaban oficinas y negocios. Las casas, con excepción de la estación del tren, eran de madera y, con el incendio atribuido a Prestán, algunos caseros empezaron a sentar bases de concreto pero conservando la estructura de tablas. Porque los lotes los alquilaba la Compañía del Ferrocarril y nadie tenía asegurada la renovación de su contrato. La madera y el apiñamiento garantizaban incendios periódicos en lo que se dio en llamar la “maldición de Prestán”. Los colonenses adoptaron, al efecto, el ave fénix como escudo de su ciudad.

Las “cantinas” eran unos huecos en las plantas bajas, con dos o tres mesas que sólo se usaban para cerrar transacciones con prostitutas, los regulares prefiriendo las “barras”, un pie sobre el riel. Había cuatro o cinco bacinillas para escupir pero por lo general los gargajos iban a dar a la calle, en donde se mezclaban con las corrientes de orines y materia fecal, todo misericordiosamente renovado por las constantes lluvias.

Las riñas eran frecuentes, los abaleados y acuchillados debiendo procurarse por ellos mismos porque no se sabía cuándo habría un médico disponible. Los curanderos llenaban el vacío, cosiendo y compartiendo con sus pacientes una botella de ron.

Los restaurantes también eran de pie, con platos de cartón que se llenaban de carnes conocidas y otras por conocer, la grasa nivelando sabores. Los sastres rara vez cosían ropa nueva, porque el clima, con su agobiante calor, propiciaba la desnudez. Su labor primordial era la de remendar, porque el que tenía algo de dinero y cerebro agarraba el tren para Panamá o el barco para Cartagena.

Pedro Regalado había puesto su letrero de abogado en la Avenida del Frente y, apenas se instaló, partidarios de Pedro Prestán le solicitaron ayudarlo en su defensa, porque nadie quería relacionarse con el subversivo. Pedro Regalado aceptó pero inmediatamente se dio cuenta de que su labor iba a ser un mero trámite, porque el destino de Prestán ya estaba decidido. Con la condena, se dedicó a poner en orden las cosas de Prestán. Su testamento, sobre todo, fue un documento desgarrador en que Prestán solicitaba le dieran el corazón a su esposa, lo que se cumplió.

A raíz de su actuación en el juicio de Prestán, a Pedro Regalado le empezaron a llegar los casos típicos de la ciudad: riñas, demandas y divorcios que él procuraba arreglar mediante entendimientos amistosos y una comisión. Su "despacho" era una mesa con dos sillas; detrás de él, en un clavo, había fijado su diploma de Bogotá y, en un estante, sus libros, puestos allí para impresionar, porque a sus veinte años el joven abogado no proyectaba mucha confianza.

Pedro Regalado y Antonia vivían arriba de la oficina, en un cuarto al que habían sacado sala, comedor y dormitorio. Caminar por el cuarto era imposible, y Pedro Regalado había adoptado la costumbre de comer en cama, para irritación de Antonia. Sus primeros vecinos fueron una pareja, joven como ellos y, por lo delgado de las divisiones, era imposible ignorar sus olores y sonidos, ya fuera a la comida o al amor. Lo único agradable de la casa era el balcón, que unía todos los cuartos y desde donde observaban el mar y la lluvia.

Más que el calor, más que el sudor y la permanente viscosidad del cuerpo, más que las nubes de mosquitos y la pestilencia de la ciudad, a Pedro Regalado le impresionaba la lluvia. Unos aguaceros que podían extenderse durante días, desbordando calles y aceras para colarse en las casas y dañar los muebles, una lluvia de truenos y relámpagos que aumentaba la temperatura y embrutecía la mente, propiciando la indolencia general. En su nativa Bogotá, la lluvia fría calaba los huesos pero avivaba el cerebro. Pero todo el que llegaba a Colón parecía estrellarse contra este muro de humedad de cuyo contacto salía idiotizado, pensando solamente en con quién acostarse o con qué embrutecerse.

Pedro Regalado había llegado a Colón huyendo de la violencia en general y de la intolerancia en particular. Con relación a la primera, había muy poco que pudiera hacer, más que mantenerse al margen, ya que consideraba las guerras civiles el colmo de la estupidez, la mayor traición a su ídolo, Simón Bolívar, estas luchas fratricidas que lo único que habían logrado era la división de Suramérica y su dependencia de las grandes potencias.

En cuanto a lo segundo, él, bogotano de ojos azules y cabello rubio, casado con una negra de la costa colombiana, estaba dispuesto a lo que fuera con tal de que se respetara. Porque desde que vio a Antonia, con su piel de seda y cuerpo esbelto, elegante aun en medio de trabajos indignos, tomó la decisión de casarse con ella. Antonia, por su parte, no estaba para relajos, mucho menos con uno de esos blanquitos capitalinos que sólo buscaban a las negras para pasar el rato. Pero esta bella mujer, que Pedro Regalado veía realizando oficios denigrantes en una casa vecina, despertó en él la necesidad de protegerla. Y venciendo las aprensiones de Antonia, se casaron.

En la iglesia, el cura que los atendió les dio un adelanto de lo que les esperaba al conducir una ceremonia irritablemente lenta, como para darles tiempo a que se arrepintieran, moviéndose y rezando con rambulería, un ojo entreabierto, como diciéndoles que él, célibe y todo, sabía que la lujuria era lo único que los había traído a esta iglesia, a ellos, una pareja tan desigual. Y cuando terminó, furioso por la determinación de los novios, dio un sotanazo y se fue sin felicitarlos.

Cuando Pedro Regalado entró con Antonia en su casa y sus padres se quedaron mirándolos, en espera de una explicación a esta negra que seguramente constituía algún capricho del niño, sí, alguna esclava recién liberada que él querría como juguete, Pedro Regalado tomó a su esposa y se marchó sin decir una palabra. Al principio pensaron establecerse en Cartagena, la ciudad de Antonia, pero las noticias de la construcción de un canal por los franceses los hizo decidirse por el de Panamá. Pedro Regalado se había dicho que si en alguna ciudad tendría futuro, sería en Colón. En la capital -pensaba- su juven-

tud sería un impedimento, con toda esa competencia de abogados y tinterillos. Colón era la ciudad del futuro y él y su familia crecerían con ella.

Pero cuando bajaron del barco, en medio de un aguacero universal, cuando sintieron el calor subirles por las piernas y el sexo, cuando la piel les empezó a picar y tuvieron que cruzar la calle en planchones que no aguantaban su peso sino que hundían sus zapatos en orines y excremento, Pedro Regalado supo que tendría que llamar a toda su voluntad para no tomar el primer barco de vuelta.

Lo único bueno de la lluvia era su complicidad al hacer el amor. Él y Antonia habían hecho el amor en el frío de Bogotá y en el calor de Cartagena. Y tenía que reconocer que había algo mágico en el aporreo de tanta agua sobre el techo mientras los cuerpos utilizaban el sudor para su única buena causa. La obligatoriedad hacia los interiores, la condena a la cama que forzaba la lluvia, proporcionaba la justificación a la existencia de este olvidado rincón de un Departamento que ya había intentado separarse de Colombia y que muchos bogotanos, en su desprecio por lo costeño, gustosos habrían vendido al mejor postor.

Pedro Regalado jamás hubiera concebido hacer el amor con otra mujer que no fuera Antonia. Era este cuerpo y esta piel que lo atraían, su misma negrura un terreno de exploración y descubrimiento. Le gustaba hacerla suya a oscuras, para no verla, sólo sentirla y olerla, su presencia tan excitante que, aun cuando estaba en su despacho, debía llamarse la atención para no salir corriendo a buscarla. Y fue Antonia quien justificó a Colón; fue ella quien lo transformó en hogar y le dio

coherencia. Ella quien salía feliz al mercado o se doblaba sobre la estufa o lavaba y cantaba con la mejor voz y los dientes más blancos; ella a quien él miraba de reojo para captar la insinuación de su sexo.

Antonia se identificó con Colón porque aquí se sentía libre del latigazo de la discriminación; aquí podía caminar por cualquier calle, entrar a cualquier tienda y saber que nadie la miraba por encima del hombro ni le negaba una atención ni, al contrario, la exageraba, en esa otra cara de la discriminación, cuando ante un hecho normal el otro se complica con cuidados que revelan su incomodidad.

En Bogotá ella siempre fue la “costeña”, una suerte de animal que para lo único que servía era para el sexo. Había tenido que dejar Cartagena en búsqueda de empleo y, como ocurría con las negras como ella, la habían pasado directamente a la cocina, para atender a las nacaradas bogotanas mientras callaba y se perdía por la casa como una sombra.

Cuando Pedro Regalado le habló, Antonia pensó que se trataba de otro cachaco más, otro bogotano atrevido como los de la casa en que trabajaba, que no dejaban de insinuarse al menor descuido de las señoras. Pero Pedro Regalado la sorprendió con su propuesta de matrimonio y, ante sus recelos, le argumentó que si querer protegerla, si querer defenderla además de desearla como lo hacía, si todo eso no era amor, entonces él no sabía nada de nada.

En Colón Antonia se sintió mejor incluso que en Cartagena. Y aunque no se engañaba con las diferencias sociales, eran un mismo pueblo, los costeños, todos comiéndose sílabas y todos con algo de negro por más

blanca la piel, el vaivén de las caderas como elemento aglutinante. Su único deseo, para completar su felicidad y echar raíces aquí, era salir preñada, enseguida, un varón primero y luego los que vinieran.

Pero habrían de pasar diez años para que Antonia quedara embarazada. Diez años en que la regularidad de su menstruación renovaba frustraciones y los convencía de que eran estériles. Diez años en que intentaron todas las posiciones, comieron todas las comidas y bebieron todas las bebidas. Diez años en que hicieron el amor en la cama y en el suelo, en que se hundieron en las aguas saladas de los dos océanos y en las dulces de cuanto río, lago o arroyo encontraron. Diez años en que tragaron sapos, ranas y serpientes, testículos de toro y huevos de tortuga, colas de lagarto mezcladas con hígados de lagartijas y aletas de tiburón. Diez años en que soportaron emplastos, fríos, calientes y tibios; en que se quemaron, se helaron y volvieron a quemar; en que aguantaron el peso de una robusta madre de diez quien, a intervalos de 30 segundos, les orinaba las caras para, según decía, romper el maleficio de la luna. Diez años de experimentos que terminaron cuando una matrona, luego de desnudarlos, anunció gravemente que el problema era que Pedro Regalado no era lo suficientemente extenso, para, acto seguido, batir palmas y materializar a un negro, todo el metro noventa de él, todos los cien kilos de él y toda una erección de diez centímetros dispuesta a expedirle el camino a Pedro Regalado. Y, ante la furia de los esposos, la matrona se encogió de hombros y aceptó medio precio por la consulta.

Pero, al cumplir treinta años, su menstruación cesó. Ella, que podía predecir el minuto exacto del inicio

de su período, no se quiso adelantar, guardó silencio y espero un día más. A la mañana siguiente, luego de revisar la cama, pegó un grito y, sin percatarse de que tenía puesto sólo el camisón, bajó corriendo hasta el despacho de su marido. Pedro Regalado, entonces, cerró la oficina y subió con ella, a entregarse a un amor sin presiones, algo que no habían hecho en mucho, mucho tiempo.

A Antonia le habían asegurado que si la barriga era redonda significaba niña y que, si puntiaguda, varón. Al tercer mes su barriga fue una circunferencia perfecta y al cuarto y quinto mes se afianzó la redondez. Ella y Pedro Regalado comparaban las preñadas que encontraban, observaban redondeces y puntiagudeces y fueron partícipes de las frustraciones en uno u otro sentido, cuando mujeres con vientres como lanzas parían niñas o, al revés, cuando las barrigas redondas traían varones. Para Antonia daba igual niña o varón pero sabía que Pedro Regalado quería un primer hijo hombre. Naturaleza masculina, pensaba, y no había nada que hacer. Pero al final, cuando su panza adquirió la apariencia de un tambor y les decían que sólo un milagro produciría un varón en ese vientre, aceptaron la voluntad de Dios.

Y a los nueve meses exactos de la suspensión de su menstruación vino al mundo Martina Regalado.

Para entonces eran dueños de dos cuartos, habiéndose mudado los vecinos y permitiéndolo la práctica de Pedro Regalado. Porque el fracaso del canal francés, que significó una tragedia para miles de obreros, le brindó a Pedro Regalado la oportunidad de entablar demandas a diestro y siniestro, cada obrero agraviado pensando quitarle un pedazo al Conde de Lesseps, quien desprestigiado y enfermo ordenó liquidar la Compañía del Canal.

Y los aullidos de los accionistas franceses repercutieron en el despacho de Pedro Regalado, quien tramitó cientos de solicitudes de indemnizaciones a las que jamás obtuvo respuesta. Pero él cobraba, contestaran o no, aunque los obreros, en su mayoría antillanos, dejaban de esperar y tomaban los barcos de vuelta a sus países de origen. La quiebra del canal francés significó para Pedro Regalado y Antonia la adición de una sala y una recámara.

Martina Regalado nació de día, luego de una noche de dolores y falsas amenazas. Pedro Regalado estuvo pendiente de Antonia, poniéndole paños, sujetándole las manos y maravillándose, con cada quejido, de la imperturbabilidad de la partera, dormida profundamente en una mecedora. Pedro Regalado veía a Antonia retorcerse con cada contracción, seguro de que con este grito saldría su hijo, pero la comadrona dormía.

A la mañana siguiente, 31 de diciembre, la partera le dijo a Pedro Regalado que se fuera a su despacho y no subiera hasta las diez en punto, ni un minuto antes porque su hija nacería a esa hora y no quería que la molestara. Pedro Regalado oyó claramente "hija" pero calló. Tenía el cerebro tan embotado que ya para entonces le daba igual si era varón o hembra. Sólo quería ver a Antonia libre, despegada de esta criatura que los había tenido prisioneros durante diez años. A las nueve y cincuenta y cinco de la mañana subió las escaleras como sentenciado y a las diez en punto oyó el llanto de su hija.

A pesar de que nunca lo habían hablado, a pesar de que ninguno se había referido a ello, las preguntas flotaban entre los dos con su presencia inquietante: ¿Cómo sería un hijo de ellos? ¿Qué color tendría? ¿Cómo serían sus facciones? Él tan blanco y Antonia tan negra; él tan

pequeño y Antonia tan alta, el cabello de él tan lacio y amarillo y el de ella tan negro y ensortijado. ¿Qué clase de persona traerían al mundo?

Martina fue una decepción que ambos callaron. Y no por niña sino por fea. No había sacado ninguno de los rasgos de sus padres y parecía haber nacido para contrariarlos. No era ni negra ni blanca, era inclasificable. Pero el problema no estaba en la piel: estaba en su rostro y en su cuerpo. En Antonia la negrura era un manto de satín sobre sus facciones clásicas, boca, nariz y ojos en armonía. Y su cuerpo delgado y piernas largas le daban un aire de nubia aristocracia. Y Pedro Regalado, no obstante su baja estatura, era un hombre que atraía las miradas por su pelo dorado y su rostro severo suavizado por los ojos más azules del mundo. Martina no traía nada de los dos y si no hubiera sido por lo absurdo del menor pensamiento de infidelidad, Pedro Regalado habría pensado que no era su hija.

Martina casi no tenía nariz, sus ojos estaban demasiado juntos y poseía una fuerza intimidante. Lloraba a cada rato y sus robustos miembros se movían como retando a combate. Al cargarla, su peso era insoportable, como si se empeñara en rechazarlos, como si los estuviera culpando, desde este primer momento, por la vida que le aguardaba.

Martina había nacido el último día de 1895, cuando en Colombia empezaba otra guerra civil y en Panamá los liberales atacaban cuarteles de policía y puestos militares. Y cuando los esposos Regalado se preguntaban si valía la pena traer un ser humano a este mundo.

Viendo crecer a Martina, Pedro Regalado y Antonia llegaron a pensar que carecían de condiciones para ser padres. Porque desde el primer día Martina exigió toda la atención, combinando el poderoso argumento de sus pulmones con la más firme posesión de su territorio, que incluía, primordialmente, los senos de Antonia. Y la madre, que había anticipado este intercambio de amor con su hija, se vio, a pesar de ella, suspendiendo la lactancia por el destrozo que le causaba Martina. Al principio, y tratando de que Pedro Regalado no se diera cuenta, Antonia había soportado en silencio el drenaje que le hacía su hija. Porque la niña no chupaba: jalaba como tratando de succionar a la madre. Pedro Regalado había observado esta forma de alimentarse de Martina y, cuando le resultó inadmisibile, le exigió a Antonia que suspendiera el seno.

Pero Martina no lo aceptó calladamente. Sus ojos cerrados parecían ver la traición de Pedro Regalado al ponerle un biberón en la boca, porque, al apretarlo y sentir el engaño, Martina liberaba la furia de su llanto. Antonia, entonces, cedía a las exigencias de su hija hasta cuando le era insoportable amamantarla y Pedro Regalado le decía que, aunque la criatura se muriese, suspendiera el seno. Y cuando Martina aceptó el biberón, Pedro Regalado pensó que se estaba volviendo loco. Porque en

el callado gorgoteo de su hija, en cada silenciosa succión, creía recoger el inicio de un plan de venganza.

Con los juguetes era igual. En su cuna, los padres se desvivían por procurarle muñecas y juegos que Martina agarraba con seguridad para, al rato, partirlos. Y cuando Pedro Regalado pensó que sería buena idea regalarle juguetes irrompibles, se dio cuenta de que el remedio era peor que la enfermedad, porque entonces los juguetes resultaban proyectiles que se estrellaban en sus frentes.

Martina caminó a los seis meses. Ya desde los cuatro se había levantado en su cuna y a los cinco dio sus primeros pasos. Los padres vieron asombrados cómo Martina cruzaba el cuarto con pisadas tambaleantes pero duras y no sabían si felicitarse o atemorizarse, porque con cada precocidad de su hija volvían a sentirse amenazados.

Al año Martina corría y se trepaba por los muebles. Y en cierta ocasión, cuando a Pedro Regalado y a Antonia les pareció una buena idea llevarla con ellos a un mitin al aire libre, el orador perdió totalmente a su público cuando los presentes se concentraron en el joven que parecía europeo con una niña chillona en los hombros y una negra que seguramente era su sirvienta y que intentaba calmarla. Todos se habían apartado mientras el joven luchaba por mantener a la criatura quieta tratando de que no le arrancara el cabello o le sacara los ojos. Y la reunión sólo continuó cuando el joven prácticamente arrojó a la niña de sus hombros y se la tiró a la mujer.

Lo peor era la socialización. Porque si con los padres Martina podía contar con su llanto o fuerza para lograr sus propósitos, con sus compañeros el problema se dificultaba. Porque ningún niño está dispuesto a ceder

su terreno sin una batalla, por más voluntad que demuestre el enemigo. Y en sus amiguitos Martina encontró la resistencia a su necesidad de dominio. Y cada vez que los padres intentaban mediar, se encontraban con la

var, un siglo en que Colombia había peleado dos veces con Ecuador y había soportado veintidós guerras civiles mientras se preparaba para otra más que incluiría a Panamá. Un siglo XIX en que los peruanos se habían masacrado con los chilenos y los chilenos con los peruanos y bolivianos; en que los paraguayos se habían asesinado con los bolivianos y en que todo el mundo se había tragado un pedazo de Bolivia. Un siglo XIX que agonizaba precisamente con la quiebra del canal francés y con el surgimiento de Estados Unidos como dueño del mundo. Pero, qué caray: era el 31 de diciembre de 1899 y su hija cumplía cuatro años.

Habían planeado que, durante la tarde, los niños participarían de una fiesta para, por la noche, los adultos esperar el año nuevo alrededor de unas botellas de licor. Para la fiesta infantil, Pedro Regalado y Antonia habían colocado una mesa con comida, bebida y dulces, habían adornado el balcón con globos y cintas de colores y habían comprado una piñata.

Martina, apenas empezó la fiesta, se colocó al lado de la mesa y, en su traje rosa, sus zapatos blancos y su lazo rojo alrededor de la cabeza calva, mitigaba el poder que le bullía por brazos y piernas. Y Antonia, también desde el inicio de la fiesta, la había llenado de comida y bebida, buscando desviar su interés por la mesa. Pero Antonia y Pedro Regalado no podían controlar su temor cuando algún invitado partía con un plato o repetía refrescos. Porque entonces Martina parecía lista para extender los brazos y bloquear la mesa. Y cuando llegó al fin la hora de romper la piñata, Pedro Regalado y Antonia respiraron aliviados al pensar que su hija había pasado con éxito una importante prueba de socialización.

Le vendaron los ojos, le pusieron un palo en la mano y le dieron tres vueltas. Pero Martina sabía exactamente dónde estaba la piñata. Con el primer golpe, el muñeco reventó, dejando caer un chorro de pastillas, de todos los tamaños y colores. Los niños, entonces, gritaron y corrieron hacia los confites. Pero ya Martina se había quitado la venda y se había parado encima de las pastillas, el muñeco roto colgando sobre su cabeza. Y al agacharse los niños a recoger, Martina empezó a repartir palos, con toda la potencia de sus cortos y robustos brazos, dando siempre en el blanco, el palo en golpes secos que rompía cabezas o dejaba chicos regados por el suelo.

Todo ocurrió tan rápidamente que nadie tuvo tiempo de reaccionar. Los invitados se habían paralizado ante la masacre, lo que le dio tiempo a Martina para romper algunas cabezas más. Los niños más afortunados resultaron con chichones pero, en la mayoría, el impacto del madero, ayudado por la fuerza de Martina, produjo largas y profundas heridas que requirieron sutura. Martina todavía repartía palos cuando Pedro Regalado se le tiró encima y la dobló. Toda ella temblaba y Pedro Regalado se dijo que era cuestión de tiempo para que nadie pudiera dominar a su hija.

Mientras Pedro Regalado tuviera que pagar cuentas provocadas por Martina y mientras Antonia y él tuvieran que pasar largas noches en vela pensando qué hacer con su hija, poco importaba que en Panamá se estuviera iniciando el período más sangriento de su historia. La guerra en Colombia había llegado al Istmo y demostraba que, tratándose de barbarie, los panameños estaban a la altura del resto de los colombianos.

Liberales y conservadores se disparaban, acuchillaban y bayoneteaban a placer en el interior de Panamá al tanto que los norteamericanos tendían un cerco alrededor de su precioso ferrocarril, amenazando con intervenir. Y cuando luego de dos años de lucha se firmó la paz a bordo del Wisconsin, Pedro Regalado vio cómo se repetía la historia de Pedro Prestán, ahora con el indio Victoriano Lorenzo.

Victoriano Lorenzo era un guerrillero que había combatido al lado de los liberales y había peleado con la honradez de su condición de marginado. Pero si al final de la contienda los blancos pudieron darse las manos bajo la mirada beatífica de los gringos, con el indio Victoriano, como con el mulato Prestán, había que hacer un escarmiento. Y, como a Pedro Prestán, se le condenó a muerte. Fue otro espectáculo bochornoso en donde a Lorenzo se le sentó en una banqueta y se le disparó a quemarropa mientras dos

curas rezaban sobre un muro. Lorenzo, y también como Prestán, fue al patíbulo con toda la elegancia que permitía su pequeño cuerpo, con saco y sombrero.

Para Pedro Regalado, sin embargo, más importante que cualquier guerra eran las cicatrices que empezaban a tomar posesión del rostro y cuerpo de su hija, las evidencias de sus propios combates diarios. Unas cicatrices que, para empeorar las cosas, eran protuberantes, abultadas como gusanos. Por la cara, brazos y piernas de Martina se acumulaban las huellas de las cortadas, pedradas y trompadas de los niños que, obligados a defenderse, terminaron por sellar su marginalidad.

Y noches hubo cuando, sentados al balcón, mirando los relámpagos que en ocasiones anteriores habían sido el preludio de una sesión de amor y que ahora veían como malos augurios, Antonia y Pedro Regalado se cruzaban miradas de soslayo, la una esperando que el otro hablara, temerosos de que bastara un gesto para que tomaran una decisión. Pero ninguno habló; ninguno dijo lo que el otro pensaba porque entonces sí estarían condenados para siempre; ninguno expresó lo que, con un poco de esfuerzo, podían realizar: la muerte de su hija, el fin de este castigo que no entendían.

Al principio, y también sin expresarlo, pensaron en el cura que los había casado en Bogotá y se preguntaban si no sería su maldición que los estaba persiguiendo, al haber detectado en ellos, como pensaba, el pecado de lujuria. Podía ser, entonces, que Dios los estuviera castigando en nombre de aquel sacerdote que había creído ver en ellos no a una pareja de enamorados sino a un simple bogotano arrecho por una costeña cachonda.

Pero nadie habló. Y a Martina la salvó el silencio.

Porque cuando después de horas de resistir la invitación de la lluvia volvían a la cama resignados y en la tibia comodidad de sus cuerpos los vencía el embrujo del trópico, se abandonaban a su pasión así se los llevara el diablo.

Cuando Martina Regalado entró a la escuela, su padre recibió un golpe más devastador que todos los problemas con su hija. Y era que Panamá, el Departamento que él y su esposa habían elegido para realizar sus sueños, este Istmo que alguien describió una vez como el pescuezo del gallo de Colombia, esta tierra ardiente a la cual se estaba acostumbrando con tal de levantar una familia, sí, Panamá, en ese tres de noviembre de 1903, declaraba su separación de Colombia.

Pedro Regalado no había querido aceptar los rumores que venían circulando desde que el senado colombiano rechazó el tratado Herrán-Hay entre Colombia y Estados Unidos para construir un canal. No quería creer lo que era un secreto a voces: que los norteamericanos independizarían a Panamá para lograr con el nuevo país lo que les negaba Colombia. Él sabía de las andanzas por Estados Unidos del cartagenero Manuel Amador Guerrero y del francés Phillipe Buneau Varilla, quien le vendería su alma al diablo con tal de que Estados Unidos continuara lo que no pudo concluir Francia. Pedro Regalado participaba del nerviosismo general ante la posibilidad de que Panamá se separara de Colombia pero jamás pensó que ocurriría en realidad. Él era colombiano, como Antonia. Y aunque ahora tenían una hija panameña, no por eso dejaba de ser colombiana también.

Él amaba a Colombia, en toda su monstruosa y hermosa extensión de cordilleras, llanos y ríos. Y aunque

nunca comprendió la violencia, sufría como nadie al leer cómo del gran país original fundado por Bolívar se habían desgarrado Venezuela y Ecuador. Pero aquello era historia, hechos del siglo XIX. Ahora, comenzando el XX, él era testigo de otra división, aquí, en sus propias narices.

Y cuando ese tres de noviembre de 1903 estos panameños que ayer nada más eran colombianos se reunieron y se declararon independientes, Pedro Regalado sintió tal estremecimiento que tuvo que recostarse contra una pared, la gente pensando que se trataba de otro borracho que celebraba la separación. Entonces, la cabeza zumbándole, decidió agarrar el primer barco y regresarse a Colombia.

Al día siguiente, mientras tiraba ropas a la maleta, se enteró de que habían llegado tropas colombianas a Colón, para aplastar el levantamiento. Entonces pensó en unírseles, para acabar con los traidores que volvían a cercenar su país. Sólo que la presencia masiva de marinos norteamericanos, con sus buques de guerra, le confirmaba que la independencia de Panamá era un hecho cumplido y que había que encontrar otra forma de cambiar la historia. Por lo pronto, se iría de Panamá.

Pero, para su sorpresa, Antonia no demostró ninguna de sus angustias con relación a la separación de Panamá. Ciertamente, lo había escuchado en silencio mientras él maldecía la secesión; como también había callado mientras él insultaba a Manuel Amador Guerrero y defendía al senado colombiano por rechazar un convenio que les daba tantas ventajas a los gringos; pero, igualmente, en ninguna ocasión Antonia había expresado una sola palabra en contra del movimiento separatista.

Y Pedro Regalado, en un momento en que levantaba las manos al cielo imprecando a los renegados, quedó en silencio ante el silencio de su esposa. Al principio, pensó que Antonia estaba tan ocupada con Martina que todo esto de política le salía sobrando, que su problema con su hija era tan inmediato que no podía perder el tiempo con otra pelea más entre liberales y conservadores.

Pero cuando en las calles celebraban la salida del batallón colombiano y él le exponía a Antonia las razones por las cuales debían regresar a Colombia; cuando observó cómo Antonia lo escuchaba sin levantar la vista, Pedro Regalado tragó fuerte y se dijo que ella lo seguiría porque era su esposa pero que, asimismo, le guardaría rencor, porque estaba visto que se consideraba tan panameña como su hija Martina.

Y en el elocuente silencio de su mujer, Pedro Regalado entendió que Antonia no sólo le rebatía sus argumentos sino que, además, le reprochaba que por encima de todo él se mantuviera como bogotano, como estirado hijo del frío que no se había dado cuenta de que la felicidad de ella estaba aquí, en el calor de Panamá, no sirvienta sino señora.

El silencio de Antonia le gritaba que qué bien que Panamá se independizaba, a ver si ahora nos dejamos de matar con esa bobería de liberales y conservadores; a ver si ahora dejamos de desangrarnos con tantas guerras y empezamos algo distinto, así sea bajo la tutela de los condenados gringos.

Antonia no había dicho una palabra pero no había tenido necesidad. Y Pedro Regalado salió de la casa furioso.

Martina Regalado, mientras tanto, dormía plácidamente, ciudadana cabal de la flamante República.

Cuando Martina cumplió diez años, Antonia quedó embarazada nuevamente. Y, con la suspensión del período de su madre, ocurrió un cambio de ciento ochenta grados en la conducta de Martina: dejó de pelear, aunque continuó apartada de la gente. Su cambio a la civilidad, no obstante, llegaba demasiado tarde para las cicatrices que la acompañarían durante el resto de su corta vida.

Fueron nueve meses de angustia para los Regalado. Era otra barriga redonda y Antonia llegó a pensar que en su vientre crecía otro fenómeno, aunque desde el nacimiento de Martina no habían hecho nada para apresurar un segundo embarazo. La experiencia los había dejado asustados y ahora no habían comido ni bebido nada extraño y habían dejado que la naturaleza siguiera su curso.

A los nueve meses llamaron a la misma comadrona que repitió su tranquilidad y que en la mañana del alumbramiento le dijo a Pedro Regalado que se fuera a su oficina y no subiera hasta las diez en punto porque a esa hora, ni un minuto antes ni un minuto después, nacería su segunda hija.

Martina no le quitaba la vista de encima. La niña, a quien nombraron Nicolasa, no era bonita pero estaba lejos de la fealdad de la hermana. Era como un buen in-

tento por encontrar las mejores cualidades de sus padres aunque sin lograrlo del todo. Nicolasa sí tenía cabello y su piel era de un agradable tono canela. Su rostro lucía una pequeña nariz coqueta y sonreía constantemente.

Al principio, Antonia no se separaba de Nicolasa y sentía terror de que Martina pudiera hacerle daño. Pero un día, al ver en la cara de cicatrices la ansiedad por tener a Nicolasa en sus brazos, Antonia respiró profundamente, hizo de tripas corazón y se encomendó a Dios. Pedro Regalado observaba la escena y cuando Antonia puso a Nicolasa en los brazos de Martina, aguantó la respiración y se preguntó si Antonia había perdido el juicio.

Pero entonces, cuando Antonia sacó sus propios brazos de debajo de Nicolasa y la dejó en los fuertes y redondos de Martina, Pedro Regalado y Antonia vieron cómo su hija concentraba su poder para ofrecerle la mejor cuna a su hermana, cómo las manos regordetas adquirían una elasticidad insospechada y cómo de su voz estentórea surgía una canción de cuna angelical. Nicolasa no dejaba de sonreírle a Martina quien, por primera vez en su vida, devolvió una sonrisa.

Juntas, era difícil ver la conexión de hermandad. Martina, aunque había dejado de pelear, seguía creciendo con la misma fuerza, su cuerpo cuadrado como de luchadora. En su cabeza calva, que Antonia cubría con pañoletas, habían empezado a aparecer algunos cabellos. Mañana, tarde y noche Martina usaba su pañoleta, lo que acentuaba su parecido con las antillanas de la ciudad. Nicolasa, con su abundante cabello negro, con su rostro simple pero agradable y su sonrisa eterna, constituía un contraste de suavidad con su hermana. Pero en presencia de Nicolasa toda la fuerza de Martina se transformaba en ternura, como si al

fin le hubiera llegado la muñeca exacta, ésta de carne y hueso salida de su madre. Era adoración lo que Martina sentía por Nicolasa y a la menor señal de peligro, como cuando paseaban y los chicos, confiados en que Martina no era la guerrera de antes, aprovechaban para mofarse. Entonces salía la Martina de ayer, la de puños cerrados y espuma en la boca, dispuesta a partirle la madre a quien se metiera con su hermana.

Pedro Regalado y Antonia adquirieron tal confianza en Martina que no sólo le permitían jugar con Nicolasa sino que dejaban que la acompañara a las tiendas. Entonces, la dueña de los brazos poderosos levantaba a su hermana como una pluma y se la colocaba contra el pecho para, cantando, bajar las escaleras y pasar por el despacho de su padre, asomarse y mostrarle a Nicolasa en sus primeros pasos.

Un día, Antonia mandó a Martina a la tienda del chino y Martina repitió el proceso al salir con su hermana: bajaron, saludaron a su padre y empezaron a caminar hasta la esquina, Nicolasa agarrada de Martina, Martina dándole todo el tiempo del mundo para que avanzara.

Al llegar a la tienda, una abarrotería repleta con las mercancías que exigían los obreros que habían venido a construir el canal norteamericano, entró un gringo con un perro. No era gran cosa de perro, un bicho de piel desnuda y repugnante exotismo. Parecía un ratón, estaba lejos de ser corpulento y compensaba su falta de presencia con gruñidos que deleitaban a su dueño.

Martina, de la mano de Nicolasa, fue al mostrador para hacer su pedido. Pero, concentrada en buscar el dinero en su bolso, soltó un segundo a su hermana. A Nicolasa le llamó la atención el perro sin pelo y levantó

la mano en su dirección. El perro, para ganarse la comida del día, peló los dientes y gruñó. Entonces Martina, retomando su instinto combativo, se volteó, levantó al perro por las patas y lo estrelló contra el mostrador.

El animal murió instantáneamente, sin un solo quejido al reventarse contra el roble. El chino, el gringo y tres clientes más se quedaron mirando asombrados a la muchacha llena de cicatrices que después de ejecutar al animal se paró frente a la niña, los puños cerrados y las piernas abiertas, respirando con ansiedad y lista para estrellarlos también.

El primero en reaccionar fue el chino, quien salió de detrás del mostrador seguro de que, de algún modo, él tendría que pagar por el perro muerto. Pero entonces y para sorpresa de todos, el gringo se agachó, levantó al animal y, moviendo la cabeza, salió de la tienda repitiendo: ¡Jesus Christ, Jesus Christ!

Pedro Regalado no sabía a quién odiaba más. A veces pensaba que era a Manuel Amador Guerrero, el cartagenero que se había hecho nombrar Presidente de Panamá; otras a Teodoro Roosevelt, el presidente de Estados Unidos a quien la Academia sueca acababa de otorgar el Premio Nobel de la Paz.

¡De la Paz! A este forajido que había comandado personalmente a sus "Rough Riders" en la invasión a Puerto Rico y que se ufanaba de "hablar quedo y llevar un gran garrote". ¡Valiente pacifista, —se decía Pedro Regalado—, este depredador cuyo placer mayor era matar animales!

Ambos, Roosevelt y Amador Guerrero eran el diablo en persona para Pedro Regalado y más temprano que tarde pagarían su bellaquería. Porque Amador Guerrero se "había aprovechado" de sus conexiones en Estados Unidos para separar a Panamá y ahora él y otros "bandidos" se repartían el Istmo, no sin antes darles a los gringos la tajada del león con un canal a perpetuidad.

¡A perpetuidad! ¿Podía haber algo más vil que esto? Y los gringos, como para darle la razón a Pedro Regalado, rápidamente establecieron en pleno centro del Istmo un estado dentro de otro llamado Zona del Canal, con gobernador, jueces, policía y total exclusión de los panameños. Encima, habían importado la

peor discriminación sureña al pagarles a los nativos en patrón “plata” mientras que a los estadounidenses les pagaban en patrón “oro”. Y para terminarla de joder— se decía Pedro Regalado—, Amador Guerrero y sus compinches habían redactado una constitución que les daba a los gringos el derecho de intervenir en Panamá cuándo, cómo y dónde les viniera en ganas.

Esta situación le quitaba el sueño a Pedro Regalado, sin contar amigos y clientes. Y cuando los demás perdían la paciencia escuchándolo despotricar “contra los bellacos que vendieron el Istmo”, cuando lo invitaban a tomar un barco y largarse a Colombia, Pedro Regalado respondía que estaba en Colombia y que era cosa de tiempo para que Panamá regresara. Si la discusión era con un cliente, Pedro Regalado lo invitaba a buscarse otro abogado y, si con un amigo, se levantaba furioso para esperarlo luego en un café y, como quien no quiere la cosa, reanudar la discusión.

En casa no le iba mejor. Porque Antonia no le rebatía y al observarla con sus hijas, esas niñas que habían nacido en Panamá y a las que había tenido que inscribir como panameñas, sentía la contradicción entre sus sentimientos y su realidad diaria. Él mismo había tenido que registrarse como panameño, de modo de conservar su licencia de abogado. Fue el momento más amargo de su vida, cuando un pendejito le extendió un cuaderno y le hizo firmar junto con toda esa pila de sinvergüenzas que de repente eran ciudadanos de un nuevo país. De este modo, Pedro Regalado era presa de una doble náusea: con los acontecimientos que vertiginosamente particularizaban a Panamá como nación independiente y con él mismo, por dejarse llevar como simple espectador, sin las

agallas para hacer algo al respecto.

Como Belisario Porras, por ejemplo, el jefe liberal de la guerra de los mil días, quien se había opuesto a la independencia y las autoridades panameñas le habían quitado la ciudadanía. Pero él, Pedro Regalado, sólo expresaba su rabia cuando lo que debía hacer era pelear por la reunificación.

Pero no actuaba y su furia se alimentaba de sí misma al observar los signos evidentes de la consolidación del nuevo Estado. Como la electrificación y las construcciones, el saneamiento de las ciudades de Panamá y Colón, la eliminación de la malaria y la pavimentación de calles que hasta ayer eran zanjas. O como el convenio de paridad entre el dólar y la flamante moneda panameña: el balboa, en homenaje a Vasco Núñez de Balboa, "el exterminador de indios." Él tenía que hacer algo.

Un día leyó que el presidente Roosevelt venía a Panamá a inspeccionar personalmente las obras del canal. El tunante de Roosevelt -pensaba-, quería ver sus dominios. Antonia lo observó durante una semana entera, malhumorado, pero, diciéndose que tarde o temprano su esposo aceptaría la realidad, lo dejó tranquilo.

Pero Pedro Regalado había empezado a elaborar un plan. Él tenía, como pago de un litigio, un revólver calibre veintidós. Era una cosa pequeña pero que, disparada a la cabeza, podía hacer mucho daño. Y había leído que Roosevelt y Amador Guerrero planeaban un acto público en donde los dos presidentes se harían promesas de amistad eterna. Su plan, pensaba Pedro Regalado, de tener éxito, no sólo cambiaría la historia sino que lograría el regreso de Panamá a Colombia: un tiro en la cabeza

de cada uno y sanseacabó.

Y no sería difícil: entre tanta gente él podría llegar como un espectador más, acercarse a los presidentes y darles su merecido. Primero a Roosevelt y luego a Amador Guerrero. Era posible que perdiera la vida en ello pero no importaba. Sí le preocupaba el futuro de Antonia, de Martina y Nicolasa. Le aterraba lo que pudiera pasarles una vez muerto él. Tal vez las enviarían a Colombia en donde Antonia volvería a sus trabajos de doméstica, ahora con mayor obligación por sus hijas. Sí, no era difícil ver a su bella Antonia limpiando traseros de chiquillos ajenos o, peor, obligada a prostituirse por la irresponsabilidad de él.

Por las noches despertaba bañado en sudor. Sentía el aliento tibio de Antonia y al levantarse miraba a sus hijas dormidas. Entonces se pensaba el idiota más grande del mundo al considerar un plan tan descabellado como el de matar dos presidentes. Pero tenía que intentarlo.

Empezó por preparar a Antonia para el viaje en tren, para ir a la capital a la ceremonia. Le propuso comprar vestidos nuevos para las tres. Estaba seguro de que al presentarse como un padre de familia más, con esposa e hijas, no llamaría la atención y se aproximaría lo suficiente. Una vez cerca, apuntaría a la cabezota de Roosevelt y luego a Amador Guerrero. No había forma de fallar.

La noche anterior al viaje no durmió. Limpió y cargó la pistola y se sorprendió de lo pequeña que era. Tendría que acercarse mucho para que estas balitas fueran efectivas. Y tenía que ser en las cabezas, porque Roosevelt, con ese pecho de toro, aguantaba un cañonazo.

Antonia le había comprado un vestido floreado a

Martina con la esperanza de suavizar su fuerza, pero el vestido no lograba esconder ni el temblor de sus carnes ni el plomo de sus pasos. La ropa, entonces, causaba una impresión dolorosa, como el intento de cubrir un regalo tosco con una envoltura delicada. Pero Martina no estaba al tanto de nada y parecía moverse delante de su vestido, como arrastrándolo.

Nicolasa, por su parte, desde sus primeras palabras proyectó una imagen de normalidad, para alivio de sus padres. Eso era lo que querían: una hija igual a las de los vecinos, nada distinto, alguien totalmente corriente como estaba resultando la pequeña Nicolasa.

Antonia no necesitaba de ropas finas ni de adornos para destacar. Sus facciones oscuras y delicadas, su cuerpo de Boticelli y su gracia natural, recogían segundas y terceras miradas, Pedro Regalado orgulloso de su mujer. Y muchos hubo que fantasearon reemplazar a Pedro Regalado, a este hombrecito que no se merecía esta diosa de ébano. Pero la aristocracia de Antonia, su corrección y entrega familiar pero, sobre todo, la violencia de los ojos de Pedro Regalado, mantenían a raya al más audaz.

Así tomaron el tren, ese día en que, junto con el resto de los panameños, se concentrarían en la Plaza Catedral, a vitorear a los presidentes Roosevelt y Amador Guerrero. Ese día cuando, al sentarse en la sección de segunda y un gringo colorado les pidió sus boletos mirándolos como si fueran las gallinas y cerdos que traían los otros pasajeros, pensó en la nota que le había dejado a Antonia, pidiéndole perdón e indicándole la llave de la caja fuerte, donde había suficiente dinero para que vivieran modestamente un par de años. Después, que el cielo las guardara. Antonia, por su parte, iba mostrándoles a

las niñas los pueblos y la selva que se veían por las ventanillas. Ahora cruzaremos un puente, decía, ahora entraremos a un túnel, mientras las niñas participaban de la aventura de cruzar el Istmo en tren.

Pedro Regalado callaba y Antonia se decía que al fin su marido estaba aceptando los acontecimientos, cuando ni él había podido resistir la curiosidad de ver a Teodoro Roosevelt, el gigante norteamericano que sellaba el destino del país con una vía acuática paralela a la férrea que transitaban.

“Mister placa tiene plata, mister placa tiene plata,” repetía Antonia, remedando el sonido de las ruedas del tren y haciendo que las niñas rieran, mientras Pedro Regalado miraba por la ventanilla y se tocaba el revólver dentro del saco, presto a morir con la misma elegancia de Pedro Prestán y Victoriano Lorenzo.

Él odiaba la ciudad de Panamá, con sus divisiones para los “de adentro”, o sea los blancos acaudalados y “los de afuera”, los negros y mulatos del arrabal. Una ciudad pretenciosa que habían adornado con banderas de Estados Unidos y Panamá. Era esta bandera panameña uno de los irritantes insuperables para Pedro Regalado, con sus colores blanco, rojo y azul, perpetuando los colores de liberales y conservadores. Aquí estaba ahora, profusamente. ¡Ah, pero pronto pagarían tanta vileza!

Dominando el parque estaba la catedral, desde cuyo atrio hablarían los presidentes. Había un cordón a partir de las escalinatas y más de cien agentes, entre civiles y uniformados, formaban una barrera humana en el primer escalón. La catedral estaba decorada con guirnaldas y banderas y la profusión de rojo, blanco y azul im-

era una profusión tricolor y, desde que había bajado del tren, al caminar la Avenida Central, se había sentido alienado de este pueblo que ondeaba banderas gringas y panameñas. Y cuando un pequeño vendedor les puso en las narices banderas para que compraran, Pedro Regalado creyó que le pegaría al chico; pero, advirtiendo que serían estratégicas para su plan, tragó grueso y compró tres: una panameña y dos gringas.

Antonia había tomado la panameña y les dio las norteamericanas a las niñas. Y a medida que avanzaron hacia el parque, a medida que se confundieron con el arco iris humano que bailaba y cantaba como en carnaval, Pedro Regalado miró a su esposa, tan feliz de estar allí como el resto de la gente. Y con el calor y la profusión de banderas, Pedro Regalado cayó en un momento de confusión, empezó a sudar frío y Antonia tuvo que detenerse para preguntarle si estaba bien. Él respondió que sí, respiró profundamente y siguieron adelante.

En el parque los esperaba una muchedumbre compacta, todos chorreando agua por el calor y las telas pesadas, recuerdo de cuando se hacía el viaje de rigor a la fría Bogotá. Pedro Regalado tomó de las manos a Martina y a Antonia, quien a su vez levantó a Nicolasa. La situación era muy incómoda para Martina que sólo podía ver el bosque de piernas. Pedro Regalado, por su parte, no pensó en ningún momento en cargarla. Pero cada vez más avanzaban, ayudados por la respetabilidad que proyectaba esta familia tan distinguida. Era natural que pasaran adelante y todos les abrían paso para que vieran de cerca el espectáculo histórico del más grande hombre de la tierra en suelo panameño.

Todavía tuvieron que pasar una hora más debajo

del sol asesino. Para entonces Pedro Regalado era uno sólo con su saco y chaleco, las ropas tan mojadas que parecían lavadas, al tiempo que Antonia y las niñas se habían marchitado hasta la tristeza. Sus vestidos nuevos habían envejecido diez años, Nicolasa se había dormido en brazos de su madre y Martina parecía a punto de correr por entre las piernas de los presentes.

Pedro Regalado estaba consciente de que no disponía de mucho tiempo, de que Roosevelt y Amador Guerrero debían salir ya o todo su plan se iría al demonio. Antonia, entonces, incapaz de seguir cargando a Nicolasa, la bajó y la niña se aferró a las piernas de su hermana. Allí, se metió un dedo en la boca y se durmió de pie.

Al fin, por las puertas laterales de la iglesia salieron los presidentes: Roosevelt por la izquierda, vestido con un sobretodo lo mismo que Amador Guerrero, quien apareció por la derecha. Pedro Regalado se dijo que la única razón para que estos locos salieran con abrigo en esta temperatura era para esconder chalecos protectores. Pero él estaba a menos de diez metros de los dos y con esa cabeza cuadrada de Roosevelt no había manera de errar. Amador Guerrero, por su parte, quedaría tan paralizado al ver a Roosevelt herido que le sería fácil descargarle el resto del revólver.

El primero que habló fue Amador Guerrero, un discurso que le sonó a Pedro Regalado como mosquito en oído al punto que pensó le iba a dar otro vértigo. Pero Amador Guerrero terminó y le tocó el turno a Roosevelt. Sería en pleno discurso de este bandido, se dijo, tocándose el revólver dentro del saco.

Lenta, lentamente entonces, empezó a sacar el re-

vólvér, quitando el seguro en el mismo movimiento, de modo que cuando saliera estuviera listo para disparar. Pero, cuando estaba a punto de gritar ¡Viva Colombia!, sintió algo como una patada. Por un momento pensó que lo habían descubierto y que los agentes le caían encima.

Pero no: detrás de él, Martina tenía a un chico agarrado por el cuello mientras otro, a su derecha, le pegaba en la cara. Martina dejó al chico del cuello y con un puñetazo mandó a rodar al que le pegaba. Otros chicos salieron de entre las piernas de los asistentes y se le acercaron por diversos ángulos, creando un caos. Nicolasa se aferraba a las piernas de Martina, medio dormida y sin percatarse de que su hermana repartía trompadas en su defensa, porque uno de los muchachos, en su afán por avanzar, había tenido el descuido de tropezar con Nicolasa.

Con el círculo, Antonia que se mete a proteger a sus hijas, los padres que atienden a sus hijos rotos, los agentes que se colocan alrededor de los presidentes, Roosevelt que termina su discurso atropelladamente y los dos que salen por donde habían entrado.

La multitud empezó a dispersarse y en los ojos de algunos flotó la acusación a esta familia que había causado que el gran estadounidense se fuera tan rápidamente. Antonia volvió a cargar a Nicolasa y propuso un helado antes del tren de regreso a Colón.

Pedro Regalado estaba convencido de que Panamá habría de pagar cara su separación. Porque, y gracias a los tratados del canal, los norteamericanos habían

montado un estricto sistema de apartheid: otro estado gringo en pleno centro del Istmo. Vea cómo la Avenida del Frente se inundaba de marinos que llegaban a Colón con el único propósito de saciar sus vicios. Y las borracheras y batallas campales evidenciaban la arrogancia de pisar suelo conquistado. También observaba a los policías panameños, constantemente vejados por los gringos y a los ciudadanos comunes obligados a sonreír por la necesidad del dólar. Este precario equilibrio entre dependencia y autoestima, pensaba Pedro Regalado, estaba propiciando el nacimiento de una esquizofrenia nacional.

Pero sabía que la tensión ambiente no era sólo producto de la separación. Ya en el siglo pasado, en lo que se llamó el Incidente de la Tajada de Sandía, un gringo de nombre Jack Oliver se había negado a pagar el precio de un trozo de sandía. Manuel Luna, el vendedor panameño, había exigido su dinero y, al negarse el gringo, sobrevino una batalla entre panameños y norteamericanos con muertos y heridos y al final Colombia indemnizando a Estados Unidos. Ahora, como producto de la independencia y el repunte de la soberbia yanqui, los nativos debían coexistir con el vicio mientras luchaban por preservar su dignidad.

Con su fracaso en asesinar a los presidentes, con el rápido desarrollo de una personalidad nacional y con la cada vez mayor integración de su propia familia a la comunidad, Pedro Regalado empezó a llenarse de la amargura que lo acompañaría toda la vida. De individuo gregario y optimista se fue transformando en hombre taciturno con propensión a la violencia. Se negó a participar en las actividades de la ciudad y sus amigos lo evitaron. Y eso estaba bien con él, se decía,

porque, fuera de su familia, le bastaba con sentarse en una mesa de café, leer el periódico y mover la cabeza. Había tomado la costumbre, también, de andar siempre armado.

Pedro Regalado vestía correctamente, en la mejor tradición bogotana, con saco, corbata y sombrero. Pero en casa las relaciones con Antonia se hacían progresivamente difíciles, al ver cómo ella participaba en las lecciones escolares de Martina, cómo la ayudaba a memorizar los nombres de las provincias del nuevo país y cómo le guiaba la mano al dibujar la flamante bandera. Pedro Regalado sentía que su lucha estaba perdida y que su depresión era consecuencia de negarse a aceptar lo inevitable. Pero nadie podría quitarle su sacrosanto derecho a no participar. Antonia, según costumbre, no le discutía. Y al verla, con su mezcla de ternura y sentido práctico, compartiendo con sus hijas su nacionalidad, Pedro Regalado llegó a preguntarse si el esquizofrénico no era él.

Con este hombre fue que se cruzó un marino norteamericano, una tarde en que Pedro Regalado había salido con su familia a tomar helados.

La Avenida del Frente había evolucionado de verdedero de inmundicias a calle limpia y pavimentada, con tiendas lujosas que vendían mercancía de todo el planeta. La construcción del canal gringo había atraído gentes de los cinco continentes y la Avenida era el centro de movimientos, tanto para disfrutar de una buena comida como para encontrar alguna prenda exótica. Los bares también habían progresado de sus primitivos huecos a amplios locales adonde llegaban clientes con el serio propósito de perder el conocimiento.

La mano de Estados Unidos se notaba en la am-

pliación y trazado de las calles, en la confianza de los comerciantes y en ese aire de solidez que empezaba a mostrar esta ciudad concebida para desaparecer. Y es que el canal atraía individuos con mentalidad de permanencia pero también a cuanto aventurero hacía escala en Panamá. Cada barco vomitaba cientos de hombres rudos, hediondos, exacerbados por el calor y la promesa de placer inmediato. Además, y luego de varias botellas de ron, no era mala idea un par de trompadas para entrar en ambiente.

Pedro Regalado caminaba con Antonia de una mano y Martina de la otra, Nicolasa en brazos de su madre. La Avenida del Frente enmarcaba la elegancia de la familia y a pesar de la variedad racial de los habitantes, esta pareja con las niñas era motivo de curiosidad. Pedro Regalado y Antonia estaban conscientes de que formaban un grupo inusual, vistas la negrura y altura de ella en contraste con la blancura y bajura de él. Pero ahora llamaban más la atención por la niña del medio, cuadrada, mostrando una fortaleza nerviosa y con el rostro, brazos y piernas llenos de cicatrices. La segunda nena también despertaba interés, con sus rasgos suaves pero inacabados, contribuyendo al signo de interrogación de esta escena familiar.

Pero Pedro Regalado y Antonia sabían que en Colón, con sus cientos de matices étnicos, la curiosidad era cosa de momento, porque ellos no eran la excepción y si algún antropólogo hubiera decidido estudiar la ciudad, habría tirado los brazos al aire en señal de impotencia.

Por eso fue por lo que, cuando vieron al marino que los miraba, reclinado contra un poste, no le prestaron mayor atención. El marino no podía tener más de veinte años, estaba en licencia del Columbia y su uni-

forme había dejado de ser blanco para mostrar restos de comida, colorete y mugre. Lo acompañaban otros dos muchachos en igual estado de abandono que empataban la borrachera del día anterior con la de hoy.

El muchacho del poste empezó a caminar tambaleándose hacia la familia pero con la vista en Antonia. Y a través de los vapores del licor sólo tenía dos cosas claras: que nunca había visto una mujer tan hermosa y que pagaría lo que fuera por tenerla. En ningún momento el marino tomó en cuenta al hombre pequeño que caminaba al lado de la mujer ni a las dos criaturas. Sólo le interesaba tocar esa piel y meterse dentro de esas piernas interminables.

Pedro Regalado miraba un escaparate cuando el marino se paró frente a Antonia, sacó la cartera y le preguntó: ¿How much?

Antonia quedó paralizada y sólo cuando Pedro Regalado sintió que no avanzaba fue que se dio cuenta. El marino estaba casi pegado a Antonia, su rostro prácticamente tocando el de ella y en la mano derecha blandía una billetera por donde se asomaban los dólares. Los otros dos muchachos empezaron a aplaudir y al marino con una sonrisa estúpida hizo un intento

cuando Antonia gritó su nombre. Pedro Regalado parpadeó tres veces y, apuntando a un marino y luego al otro, volvió donde el muchacho del suelo y, con la cachá del revólver, le reventó la frente. Los dos marinos salieron corriendo.

Al rato regresaron, acompañados de una docena de soldados armados. Pero ya Pedro Regalado estaba en casa y tocó a los policías panameños enfrentar a los soldados. Al herido lo llevaron a su barco y, cuando los estadounidenses se trabaron con los panameños, el asunto quedó registrado como un lamentable incidente que en nada afectaba las buenas relaciones entre Panamá y Estados Unidos.

Panamá, por su parte, pagó otra indemnización al gobierno de Estados Unidos.

La escuela queda al final de la Avenida. Al principio, cuando Martina peleaba, Antonia la llevaba y la buscaba. Después, con la llegada de Nicolasa, cuando Martina se hizo pacífica, Antonia le permitió subir y bajar la calle sola. Esta tarde Martina termina la escuela y los graduandos están en primera fila, vestidos de blanco y con un birrete en la cabeza. Los padres ocupan la segunda fila y Pedro Regalado acompaña a Antonia en esta finalización de estudios de su hija.

Porque, en efecto, hasta aquí llegan los estudios de Martina. Y si bien la niña lee y escribe admirablemente, si recita largos poemas y domina complicados asuntos, a nadie se le ha ocurrido que continúe su educación. La idea de su hija en otro ambiente es inconce-

bible para Pedro Regalado, su traslado a la capital una segura invitación al desastre. Su destino son los oficios domésticos, al lado de Antonia y cuidando a Nicolasa, porque ni pensar que se casará algún día.

Pedro Regalado observa a su hija por detrás, la cuadrada espalda y el robusto cuello, la cabeza con sus cuatro pelos y encima el birrete, balanceándose precariamente. Pedro Regalado se dice que Antonia ha puesto su mejor empeño para que su hija no desentone, por eso el vestido le queda holgado, para que los brazos no rompan la tela ni los pechos el escote. Con las medias es imposible y se estiran hasta resaltar los músculos.

Martina tiene doce años pero parece mayor. Sentada allí, delante de ellos, Pedro Regalado observa cómo los pechos de su hija se levantan y bajan, como si luchara contra algo que la retuviera; ve cómo cruza las piernas en un esfuerzo por no levantarse y salir huyendo. Y Pedro Regalado da gracias cuando empieza la ceremonia, cuando la maestra entra con los diplomas y sonrío en su dirección. Porque Martina ha obtenido el primer puesto y la maestra está orgullosa de esta alumna que hasta hace poco entraba al salón rota y sangrante. Pero a Pedro Regalado le resulta muy difícil conciliar lo que debe ser un momento feliz con la realidad de su hija mayor, esta muchacha llena de cicatrices, por la cara, brazos y piernas, esta niña silenciosa como una bomba.

Cuando Martina se levanta para buscar su diploma, la maestra la sorprende pidiéndole que diga unas palabras como alumna destacada que es. Y no sólo la turba con esta petición sino que se va a una esquina y la deja sola. Y allí, en el centro del escenario, Martina parece agrandarse, como masa en expansión. Desde allá arriba,

su cuerpo se proyecta como sobre un pedestal y entonces todo su peso, todas sus cicatrices, sus piernas, brazos, cuello y cabeza calva, su nariz chata, sus ojillos de serpiente que parecen mirar bien adentro del alma, toda esta potencia a duras penas contenida, se quiebra para dar paso a un llanto que empieza con espasmos, como si en verdad estuviera intentando decir algo para, al fracasar, estallar en lágrimas. Mientras tanto, Martina ha estrujado el diploma y el birrete se le ha caído de la cabeza. Antonia vuela entonces adelante, abraza a su hija y la regresa a su asiento. La maestra vuelve al centro del escenario y pide un aplauso para Martina. Pedro Regalado, a todo esto, realiza un esfuerzo sobrehumano para no pararse y salir. Al final de la ceremonia, los padres, maestros y estudiantes forman un círculo alrededor de una mesa con refrescos. Pero Martina, desde una esquina, sólo observa.

Pedro Regalado siempre se sintió responsable por esta nueva afrenta de los gringos. Porque al año de haberle roto la cabeza al muchacho del Columbia, en la capital los marinos del Buffalo se habían enfrentado a ciudadanos panameños con el resultado de un muerto y un herido. Estados Unidos, entonces, decidió que ya era demasiado y no sólo obtuvo una indemnización de 14,000 dólares sino que exigió realizar patrullajes armados en las ciudades de Panamá y Colón.

Para Pedro Regalado el espectáculo de policías gringos por la ciudad era intolerable. Su pavoneo, la manera de mirar a los nativos, así se tratara de un rubio de ojos azules como él, con saco y corbata además, todo un abogado, indicaban que lo único que importaba era que no fueras yanqui para sentir la potencia de un imperio que probaba sus alas con invasiones periódicas. Pero, aun así y tal vez por eso mismo, las riñas entre panameños y norteamericanos se repetían con sangrienta frecuencia.

Lo único consolador en toda esta ignominia era que había muerto uno de los gestores de la separación de Panamá: Manuel Amador Guerrero y que el senado de Colombia continuaba negándose a reconocer al que seguía llamando "Departamento rebelde". Aunque, a pesar de su rechazo por todo lo que distanciara a Panamá de Colombia, tenía que reconocer que el nuevo país había

producido un gran poeta en Ricardo Miró. Un poema en especial, Patria, definía con precisión a la naciente República y los panameños lo recitaban con los ojos humedecidos. Pedro Regalado se decía que con dos poetas más como éste Panamá estaría perdida para siempre. Un verso, sobre todo, le quitaba el sueño, y era el que decía La Patria es el recuerdo.

Con esta sola línea —rumiaba Pedro Regalado—, Ricardo Miró había puesto el dedo en la llaga de lo que lo separaba de los panameños. Porque si era correcta su definición de Panamá como un “pequeño país de sol brillante y cielo claro”, su propia concepción de Patria era todo lo contrario: la de un descomunal territorio dos veces más grande que Francia y con todos los climas del mundo. La patria que él conocía era una patria de superlativos, a la vez andina, amazónica y costeña, con una capital que nunca había visto un sol brillante y en donde nadie levantaba la vista porque el cielo era eternamente gris.

Pero, e indiferente a los laberintos de Pedro Regalado, Colón, la ciudad que había escogido para labrarse un futuro, seguía su crecimiento. La Compañía del Ferrocarril había aceptado vender sus lotes y empezaron a aparecer edificios de cemento. La planeación arquitectónica reflejaba el optimismo general con sus anchas aceras y grandes balcones. Las casas de madera quedaron, pero reservadas para los obreros del canal.

La familia Regalado fue de las primeras en ocupar un amplio departamento en un edificio de mampostería, aunque con vista al mar, la única intransigencia de Pedro Regalado. Pero, por razones prácticas, mantuvo su viejo despacho en la Avenida del Frente, ampliado ahora con una oficina para su secretaria y con sala de espera.

También, y rápidamente, la ciudad se constituyó en un microcosmos de división racial y social. Los gringos heredaron de los franceses el lujoso barrio de Nuevo Cristóbal, con sus casas de jardines y cercas mientras que, en el centro de Colón, los pobres se apiñaban en cuartos de madera, a veces hasta cinco por cuarto y un solo servicio para cincuenta personas. Cada familia debía traer su propia parrilla para el baño y, con el tiempo, fueron frecuentes las tuberías dañadas, la pestilencia reforzando el calor.

A los quince años Martina era una gigante que llenaba una puerta. Se había convertido en ama de casa excepcional, destacándose en la cocina; pero su atención especial era para su hermana. Y la pequeña Nicolsa, a los cinco, sostenía largas conversaciones con su hermana mayor, reclamándole o instruyéndola mientras Martina aceptaba. Y las manos que podían quebrar el cuello de un ciervo adquirían entonces la levedad del ave. Esas manos regordetas hablaban por Martina y revelaban la armonía escondida de la dueña. Sólo bastaba ver su meñique, levantado con finura en el té o al planchar para desmentir el cuerpo grotesco.

Y cuando Rosendo, un joven estibador, empezó a rondar la casa, Pedro Regalado consideró seriamente pegarle un tiro. Pero al hablar con Antonia se encontró, nuevamente, solo, sin siquiera una contradicción. Igual que con la independencia de Panamá, cuando Antonia no le discutía sino que se encerraba en un mutismo que traicionaba su complacencia; así era ahora con este Rosendo.

Y es que, cuando Pedro Regalado le habla del gañán que llega todos los días a visitar a Martina, una gorra

en la mano y sonriendo estúpidamente, Antonia ve en su hija no la montaña marcada de cicatrices sino a la mujer sensible que delatan sus manos. Y mientras Pedro Regalado le habla de la patanería de Rosendo, Antonia piensa en las miles de veces que su hija habrá llorado a solas, luego de mirarse al espejo y saber que posee un alma que no tiene nada que ver con su cuerpo.

Porque además, cuando Rosendo habla con Martina, Antonia observa la transformación de su hija. Y quién sabe, se dice, quizás ella como madre y Rosendo como pretendiente sean los únicos que pueden ver la gracia en el hipopótamo, la delicadeza en el elefante, porque el cuerpo de Martina responde al cortejo y muestra la coquetería de las manos gráciles.

Y ¿qué tal si Rosendo ha visto más allá del exterior de Martina y ha descubierto la médula tierna? ¿Qué tal si este muchacho, pelafustán y todo, ha vislumbrado en Martina la esposa perfecta para levantar una familia?

Pero cuando Pedro Regalado sale con un portazo, cansado del silencio de Antonia, cuando observa a Rosendo en la esquina como perro hambriento, se hunde el sombrero y se abre el saco, para mostrarle el revólver y pasarle al lado, sin saludarlo, seguro de que se trata de un sinvergüenza que ya probó la comida de Martina y lo que busca es una buena sirvienta.

Y cuando Rosendo se presentó un día en la casa, lavado y almidonado y sin su gorra, más patético aun por su camisa y pantalones estrechos, como liquidados de una inundación en Hong Kong, Pedro Regalado no supo si sacarlo a patadas o darle un abrazo. Porque en toda la ciudad se había regado la fama de Pedro Regalado como hombre de pocas pulgas que

buscaba el menor pretexto para sacar su revólver. Y aquí estaba este muchacho, aguantando su mirada y enseñándole el anillo con el que formalizaba el pedido de la mano de su hija. El anillo estaba bien, pensó Pedro Regalado a pesar de su emputamiento. Pero era fácil conseguir joyas en la ciudad y quién sabe de qué carga del muelle se lo habría robado. Pero esas botas, un tamaño catorce con su hierro protector, esa camisa y pantalones demasiado cortos y ese esfuerzo hacia la limpieza le decían a Pedro Regalado que si su hija aceptaba a este sujeto como esposo estaría cometiendo el error más grande de su vida.

Por eso, mirando fijamente los ojos implorantes de Rosendo, Pedro Regalado le dijo que lo sentía mucho pero que su hija no se casaría con él. Primero —le dijo— porque Martina sólo tenía quince años y segundo porque, francamente, él, Rosendo, no valía un carajo.

Rosendo quedó paralizado. La quijada se le cayó e incapaz de sostenerle la mirada a Pedro Regalado, buscó ayuda en Antonia. Pero Antonia bajó la cabeza. Desde la cocina, entonces, el largo silencio que sobrevino fue interrumpido por el estruendo de ollas y platos contra el piso mientras Antonia corría al lado de su hija.

Tres meses después, en una letra clara, sus ideas bien expuestas, Martina anunciaba que se iba. Había dejado la nota sobre la cama una tarde en que Antonia había salido con Nicolasa. Rosendo la vino a buscar y metió sus cosas en unas bolsas. Entonces, sin mirar atrás, Martina dejó a su familia.

Cuando Martina empezó a vivir con Rosendo y Pedro Regalado se juraba que no la vería más, en Berkeley, California, Teddy Roosevelt exclamaba que él se había tomado a Panamá.

Pedro Regalado no había probado aún su primer sorbo de café cuando, a ocho columnas, la declaración de Roosevelt le llenó la boca de bilis. Si al menos lo hubiera intentado, se dijo, cerrando el periódico, si al menos lo hubiera intentado aquella vez, aunque hubiera perdido la vida, por lo menos el mundo sabría que no todos aprobaron la separación de Panamá.

Pero aquí estaban, los panameños, poniendo su mejor rostro y defendiéndose con los signos visibles del progreso. Porque hasta él tenía que reconocer la enorme diferencia de lo que había encontrado al bajar del barco aquel 1885 con lo que existía ahora. Aquellas zanjas llenas de mierda con estas calles pavimentadas y limpias; este sonido de máquinas y monedas y aquel de guerra y dolor. Protectorado, colonia o república mediatizada, lo cierto era que Panamá progresaba y el vértigo de las construcciones, la actividad mercantil y la marea humana que llegaba a trabajar dejaba poco espacio para nacionalismos. El canal avanzaba y lo único que había en la mente era el dólar. Después de todo, los gringos estaban teniendo éxito allí donde habían fracasado los franceses,

el joven imperio proyectándose como la nación del futuro y a ese carro querían subirse todos los que llegaban a Panamá: derrelictos al lado de gente honrada; maleantes y asesinos codeándose con europeos y asiáticos ansiosos de empleo; blancos, negros, amarillos y chocolates, los futuros ciudadanos de un país que no tenía interés en quedarse en el pasado, como hacía él.

Y si en casa Antonia le reafirmaba su distanciamiento de Colombia, entre sus pocos amigos el tema era evitado para mantener algún vínculo con él. Porque la República de Panamá era un hecho, le decían fastidiados cuando él insistía en el asunto; y si Colombia intenta tomarse a Panamá por la fuerza pues allí estarán las tropas gringas, invadiendo como hacen en Nicaragua. Porque si allá es sólo una bananera la que defienden, imagínese lo que harían si pensarán que su precioso canal estaba en peligro.

Pero él jamás podía avenirse a esto. Y de algún modo ocurriría la reunificación. Tal vez como estado federal o bajo legislación especial, porque lo intolerable era que Panamá se perdiera para siempre. Y él nunca podría hacer lo que había hecho Belisario Porras, por más que lo admirara: eso de oponerse a la independencia con la consiguiente pérdida de ciudadanía para al final terminar aceptándola. Y todo para ser presidente. No, él, no.

Antonia sí visitaba a Martina. Pedro Regalado lo sabía pero se decía que ninguna palabra suya impediría que Antonia mantuviera contacto con su hija. Martina y Rosendo vivían en una de las casas de madera y habitaban un cuarto en el primer alto. Y como Pedro Regalado y Antonia antes que ellos, habían sacado a la pieza cocina, comedor y dormitorio, todo en un espacio de tres

metros. La gran diferencia era que este cuarto no tenía balcón frente al mar y el calor del techo de zinc más el humo del fogón se concentraban en la pieza, cuyo único bombillo debía mantenerse encendido hasta de día. El baño quedaba a la subida de la escalera y los inquilinos debían hacer cola para entrar, una toalla alrededor de la cintura y su parrilla para evitar la lama. El servicio era una prueba de equilibrio en donde hombres, mujeres y niños debían hacer malabares para no resbalar y caer en excrementos.

Mañana, tarde y noche, la casa era una concentración de olores y sonidos. La bebedera de licor era hasta la inconsciencia, y el azar dictaba si la noche sería de pelea o de amor. Si lo segundo, a la mañana las mujeres chancleteaban rambuleras, como para despertar envidia en la evidencia de su hembría, el orgasmo compartido en su nota más aguda.

Aquí Martina era dueña y señora. Aquí, entre estibadores y recolectores de basura, lavaplatos y meseros, había encontrado su centro. Y si de tareas femeninas se trataba, como lavar, cocinar y estar dispuesta a toda hora para su hombre, Martina sobresalía. Aquí brillaba y nadie se fijó ni en su fealdad ni en sus cicatrices. Lo único importante era que su ropa era la más limpia del patio, que cocinaba como un ángel y compartía con los vecinos su afamado arroz con coco.

La primera vez que Antonia subió las escaleras de la casa de Martina, con sus escalones tan separados que los chiquillos figoneaban desde abajo, hizo un esfuerzo por no llorar. Pero al ver a su hija, realizada en medio de tanta pobreza, aceptó el destino que había escogido. En ocasiones, Rosendo estaba en el cuarto, bebiendo cerveza

y acariciando a Martina, por los brazos y hombros de cicatrices, con más posesión que cariño, estableciendo un territorio que nadie, pero especialmente Pedro Regalado, le podría disputar.

Una tarde en que Antonia llegó a traerles comida, encontró a Martina acostada, la vista perdida. Al acercarse, le observó una hinchazón que hacía más grotesca aun las cicatrices de la cara, porque parecía, de alguna manera insondable, nivelarle la piel, de donde a pesar suyo Antonia se halló pensando en el absurdo de que la solución a los problemas de cicatrices de su hija estaría en una inflamación permanente. Al acercarse y levantarle la cara, vio un temblor de lágrimas en los ojos. Antonia se oyó entonces reconfortándola con un discurso en que no creía en lo absoluto. Porque, ¿cómo pedirle tolerancia, cómo excusar un golpe cuando Pedro Regalado habría preferido cortarse las manos antes de ponerle una encima? Pero lo hizo: excusó a Rosendo y le dijo que seguramente habían sido algunos tragos de más, que era normal que en un matrimonio hubiera desavenencias.

Escuchándose, Antonia se dijo que Martina de primera encontraría la falsedad en sus palabras. Porque su hogar era un modelo de comunión. Y si era cierto que Antonia tenía su propio sistema para conservar la paz cuando veía venir una tormenta en Pedro Regalado, a lo más que él llegaba era a salir con un portazo. Nunca, tampoco, Pedro Regalado le había levantado la voz, conformándose con encerrarse en su mutismo. Pero Martina aguantó las lágrimas y agradeció el consejo de su madre. Y no le dijo que no era la primera vez que Rosendo le pegaba, que cada vez bebía más y que, en sus borracheras, empezaba por insultarla y ridiculizarla hasta terminar

golpeándola. Al principio sin mayores consecuencias, como para establecer su machismo y cerrar la conversación. Pero nunca como ahora, cuando le había propinado una trompada que le había hinchado la mitad de la cara. Así la había encontrado su madre, cuando Martina meditaba en el giro que tomaba su matrimonio, cuando se decía que había sido una ingenua al pensar que la vida le deparaba otra cosa que no fuera sufrimiento. Pero lo que menos quería era darle la razón a su padre; por eso, aceptó las palabras de Antonia y le dijo que era cierto, que todo había sido el resultado de unos tragos de más, porque al irse para el trabajo Rosendo había sido el esposo cariñoso de siempre.

Martina se aferraba a un hilo de esperanza porque al principio, muy al principio, cuando caminaban juntos, tomados de la mano, se sentía realizada como mujer. Rosendo le había proporcionado lo que muchas mujeres añoran y nunca consiguen: un matrimonio. Y si su padre tenía razón al considerar a Rosendo poca cosa, ese poco le bastaba. Cierto que ella era mucho más inteligente que Rosendo, quien apenas sabía leer y escribir y lo único que le interesaba era beber y jugar barajas; pero era igualmente cierto que a ella le agradaba saberse casada, prepararle la comida y verlo engullir, aunque se trepara sobre ella y terminara sin considerarla. No importaba: ella tenía un orden en la vida y pondría todo su empeño en que su matrimonio funcionara.

A veces, cuando Rosendo roncaba a pierna suelta, ella miraba el cielo raso y pensaba en un hijo. E inmediatamente la asaltaba el miedo porque, ¿qué tal si daba a luz una segunda Martina? Ella, que no había sacado nada de sus padres, se preguntaba cómo sería un hijo suyo con

Rosendo. Porque si Rosendo era bien proporcionado, casi guapo, tenía unas manos y pies extremadamente grandes. Por lo demás, su absoluta falta de ambición indicaban un peligroso infantilismo. ¿Qué saldría de todo esto si sus padres, tan hermosos e inteligentes, la habían producido a ella? Pero con el miedo venía la expectativa, la necesidad de llenar ese vacío que le reprochaba su período regular.

Una tarde, después de cobrar, Rosendo fue directamente a la cantina. Martina había preparado una comida de pescado con arroz y tajadas de plátano, su plato favorito y pensaba que podrían celebrar el día de pago, comer y beber unas cervezas. Pero cuando después de dos horas Martina vio el pargo enfriarse, la manteca dura y el arroz y los plátanos con una rigidez de derrota, se quitó la ropa, se puso un camisón y se durmió. No sabía qué hora era cuando Rosendo entró, zarandeándola y exigiendo su comida. Martina se levantó y fue al fogón. Allí calentó la comida y se la puso delante a Rosendo, quien se balanceaba en la silla y sostenía una cuchara en la mano, en el rostro una expresión de idiota. Cuando terminó de comer eructó, apartó el plato y, tambaleándose, fue a la cama. Se sentó y, mientras se quitaba los zapatos, empezó por decirle a Martina que ya las comidas no le salían como antes. Martina, desde la cama, calló, sintiendo el inicio de una discusión. Porque era la convención adoptada por Rosendo para estos casos: empezar con un rodeo, criticar algún detalle, primero insignificante para luego subir de tono hasta insultarla. Pero Martina siguió en silencio y le dio la espalda, para escucharlo decir que no era sólo la comida que estaba haciendo mal sino que la ropa ya no le quedaba como antes. Y

mientras Martina se refugiaba en su almohada, Rosendo pasaba a lo peor, al ataque a su rostro y a su cuerpo, diciéndole que él tenía que hacer un esfuerzo para que se le parara con ella, él, que hubiera podido escoger a cualquier mujer pero no, tuvo que fijarse en esta gorda que tenía cicatrices hasta en el culo y quien lo trataba mal a pesar de su sacrificio, sirviéndole una pésima comida, lavándole mal la ropa y brindándole los peores polvos.

Y como Martina insistiera en su silencio, Rosendo la volteó. Y al mirarle el rostro se echó a reír, diciéndole que si no se veía al espejo, que debería besarle los pies por haberse casado con ella. Y ante la continuación del silencio levantó entonces el puño y lo estrelló directamente en la nariz de Martina, que sintió cómo el hueso se le quebraba y el dolor la abrumaba y perdía el conocimiento.

A la mañana siguiente, cuando se vio al espejo, observó con horror cómo toda la cara se le había hinchado a partir de la nariz. Los pómulos y los párpados se le habían ennegrecido mientras que los ojos parecían dos brasas por los hematomas. Ahora sí era un rostro irredimible, el de un monstruo lleno de cicatrices. Y su temor mayor fue que su madre llegara y la viera porque entonces todo podría terminar fatalmente. Por eso, cuando escuchó a Antonia llamar a la puerta, no abrió sino que se hizo una bola en la cama.

Pero Antonia regresó por la tarde porque estaba segura de que algo malo ocurría. Y cuando al fin Martina abrió, cuando después del impacto Antonia fue directamente a la cómoda y empezó a tirar su ropa sobre la cama porque era el último día que vivía con ese animal, Martina lloró, se cubrió la cara con las manos y le rogó a

su madre que no se metiera, que ella lo resolvería. Que había salido de su casa para no regresar más, que esta era su casa y que por favor la dejara en paz.

Antonia iba a insistir pero al mirar a su hija y ver la determinación en sus ojos, de alguna manera encontró sentido en sus palabras porque, aquí estaba, realizando lo que nadie pensó jamás: un matrimonio, así fuera con una bestia por esposo. Y ¿qué tal si Martina controlaba la situación y seguía con su hogar?

Pensando así, Antonia se fue.

Martina tenía razón. Porque habría de pasar mucho tiempo para que Rosendo le volviera a poner una mano encima. Esa tarde, cuando Antonia partió, se dijo que era la última vez que lloraba, también. Y formando una venda con gasa y esparadrapo se la colocó sobre la nariz. Sintió el dolor de los huesos buscando la unión pero supo que a toda su fealdad tendría que agregar ahora una nariz contrahecha. Y a pesar suyo, por más que luchó, las lágrimas se apoderaron de sus ojos. Pero se calmó y se sentó, las manos entre las piernas, esas manos finas que delataban su espíritu. El fogón estaba apagado.

Al llegar Rosendo, nuevamente tambaleándose y exigiendo comida, Martina se levantó. De pie, en el pequeño cuarto, lo llenaba todo. La mesa la separaba de Rosendo y, detrás de ella, estaba la cama. Al abrir la puerta había que empujar una silla para entrar, revelando el fogón al fondo. Esto acababa de hacer Rosendo, empujar la silla y ver el fogón apagado. Estaba a punto de gritar cuando le llamó la atención la figura maciza y cuadrada que tenía delante. Nunca la había visto así, tan poderosa. Cierto que cuando decidió casarse con ella sabía que tendría a una mujer fuerte que se encargaría de su casa y que, por su fealdad, sentiría que le debía un favor, de modo que él pudiera hacer lo que le vi-

niera en ganas. Y Martina había respondido a sus planes porque le cocinaba y le lavaba y él no tenía que preocuparse por nada. Le bastaba con usarla de cuando en cuando para decirse que había cumplido y dedicarse a sus asuntos.

Pero en este momento Martina parecía un cubo de granito en la pequeña habitación. Fácilmente pesaba arriba de cien kilos en puro músculo. Él, a pesar de su delgadez, poseía unos bien torneados brazos de estibador, levantaba bultos con facilidad y sus manos habían adquirido consistencia de garras. Ahora que ve el fogón frío su primer pensamiento es el de terminar el trabajo de la noche anterior y partirle el labio a Martina; sólo que, al mirarla, siente cómo a pesar de él le va naciendo su mejor voz conciliadora que propone buscar una comida en el restaurante de la esquina.

Pero Martina se adelanta a la mesa, de un manotazo la aparta con todo y sillas y no deja obstáculo entre ella y Rosendo. Entonces, con la misma potencia con la que había intimidado a cientos de chiquillos cuando niña, queda frente a Rosendo, quien paralizado y los ojos abiertos, no tiene tiempo de esquivar la trompada que lo derriba puerta afuera hasta el pasillo. Martina entonces se trepa sobre él y, quitándole el aliento con sus piernas de acero, lo mantiene aprisionado mientras descarga, una y otra vez, el puño sobre su rostro, partiéndole las cejas, la nariz y los labios hasta cuando de los cuartos vecinos salen unos inquilinos que se la quitan de encima. Roto y sangrando, entonces, Rosendo se incorpora y se desploma sobre la cama mientras Martina, sin prisa, vuelve a acomodar sus muebles.

Esa noche no duerme sino que espera que Rosen-

do despierte. A la mañana siguiente, cuando Rosendo abre los ojos y la ve, taladrándolo con sus ojillos de serpiente, amenazadoramente serena, intenta pararse pero el dolor se lo impide. Entonces Martina le dice, en su voz más tranquila, que si alguna vez le vuelve a pegar, que se asegure de matarla, porque si no lo hace, si la deja con vida, ella lo mata a él. Rosendo sólo asiente con la cabeza mientras Martina va al fogón y lo enciende.

Cuando Pedro Regalado salía de su casa, luego de despedirse de Antonia y de la pequeña Nicolasa, debía caminar cinco cuadras hasta su oficina. Entonces observaba las construcciones y las calles pavimentadas, bien distinto de la mierda y los orines que debieron sortear cuando llegaron a Colón. Ahora no es ni la mierda ni los orines ni los charcos lo que debe sortear. Ahora son los marinos y las putas y los proxenetas que escandalizan la ciudad veinticuatro horas al día. Los gringos, una puta en cada brazo, emergen de los bares para romper botellas sobre las cabezas de los ciudadanos. Ese año de 1912, precisamente, ha habido una batalla campal en un bar llamado Cocoa Grove, en la capital, con el resultado de un gringo muerto y 19 heridos. Esos nombres de los bares y restaurantes, piensa Pedro Regalado, todos en inglés para provocar nostalgia, indican a las claras quiénes son los consentidos en Panamá.

Pedro Regalado pasa frente a los bares y escucha las risas y el sonido de botellas mientras afuera, un policía nativo, nervioso y mal uniformado, mira hacia otra parte, rogando no se metan con él. Pero se meten y la tolerancia llega a su límite en forma de sangrientos combates que los marinos parecen necesitar, así como necesitan las putas y el alcohol. Una parada en Panamá o Colón sin mujeres, licor y riñas es inconcebible para

los marinos. Y qué mejor impunidad que la que brindan estos indios o negros, estos chinos o culis que reciben sus órdenes de los capataces gringos.

Porque cuando todo estaba dicho había por encima de esta masa que construía el canal una raza colorada y vigorosa que mandaba sin pendejadas, que daba órdenes precisas para mover la tierra, construir esclusas y formar lagos; una raza que trabajaba duro y bebía más, que juergueaba pero que a las seis de la mañana estaba en el trabajo, masticando chicle y mandando a este conglomerado que, al contrario, cada vez que hacía una fiesta inventaba excusas para no presentarse a laborar. Pedro Regalado no podía negar su admiración por este pueblo. Porque allí estaba, el canal, a punto de concluir y dando trabajo a miles de personas que, directa o indirectamente, lo mantenían a él y a su familia. Pero era la arrogancia gringa lo intolerable, esa odiosa discriminación con sus servicios para blancos y negros, con pagos en oro y plata y permitiéndose todo tipo de insultos sobre los nativos, injertando en el Istmo lo peor del sur yanki.

A veces, cuando pasaba por la hilera de bares y restaurantes que iban perfilando a Colón como una de las ciudades más cosmopolitas del continente, Pedro Regalado caminaba despacio, como tentando a la providencia para que de uno de esos lugares saliera un gringo y lo retara. Entonces se tocaba el revólver bajo el saco y casi, casi imploraba le tocara una pelea.

Pero no había ocurrido. Ni cuando salía para la oficina ni cuando regresaba a casa ni cuando tomaba un café. Nadie se metía con él. Y no porque no los mirara: era por todo lo contrario. Porque cuando en el café los marinos entraban exigiendo atención, les bastaba una

mirada a su mesa para, al contacto con sus ojos azules, saber sin la menor duda que ante ellos tenían a la muerte en persona, esperándolos. Por eso y sin poder explicárselo los marinos bajaban las voces, se aquietaban y adoptaban una actitud de gente civilizada.

Desde que Martina se había ido con Rosendo no la había vuelto a mencionar. Sabía de las visitas de Antonia pero, aunque lo mataba la curiosidad, nunca preguntó por ella. Su dolor por la ida de Martina era profundo y si podía comprender su afán por asirse a esta posibilidad de familia, ella tan fea y llena de cicatrices, no podía dejar de sentirse traicionado. Porque Rosendo no sólo era un ignorante sino un tipo desposeído de toda virtud. Estaba convencido de que sólo había visto en su hija a una empleada doméstica y que le haría la vida miserable. El haber escogido a Rosendo sólo indicaba la desesperación de Martina. Pero allí estaba, casada y no había nada que él pudiera hacer.

Aquel día, cuando Antonia vio a su hija con la venda sobre la nariz, cuando pegó un grito y juró que le contaría a Pedro Regalado, Martina tuvo que hablar rápidamente. Y, poniéndole una mano en el hombro, una de esas manos que constituían su único atractivo sobre la tierra, Martina le aseguró que no ocurriría más, que por favor ni un solo comentario a su padre porque ella estaba segura, se-gu-ra, de que Rosendo jamás le volvería a levantar la mano. Y lo único que pudo hacer Antonia antes de irse fue advertirle que, si mañana la encontraba con el menor rasguño, allí mismo la regresaba a casa.

Pero no hubo necesidad. Porque a partir de su golpiza Rosendo no la tocó más. Literalmente. Al principio lo achacó a sus dolores por la nariz, costillas y labios

partidos. Pero cuando sanó del todo tampoco hizo el menor intento por acercársele. Se sentía demasiado aterrado para la menor posibilidad de contacto. Y si antes podía llamar sus fuerzas para cumplir, como decía, ahora la sola idea de hacerle el amor a esta mujer que lo había estropeado le era inconcebible.

Seguía bebiendo y andando con mujeres pero en su casa se limitaba a comer y a roncar. Él, que nunca había sido conversador, que, al contrario, sólo emitía gruñidos o risotadas frente a las tiras cómicas, ahora había enmudecido del todo, como si los golpes de Martina le hubieran apagado el cerebro. A Martina, por su parte, inmersa en sus quehaceres, lavando y planchando y cocinando, yendo al mercado y disfrutando de sus charlas con sus vecinas, le bastaba esta nueva relación, diciéndose que al menos había logrado su propósito: en su hogar no habría las peleas que predominaban en los otros. Y le daría tiempo, se decía además, sonriendo por dentro, porque, así como cocinaba, cogía.